

tum, habian querido echar una mirada sobre su antiguo establecimiento.

Es fácil comprender que el gobierno austriaco se halla cansado de sostener aquí predicadores del Evangelio, porque de veinte misioneros que hace tres años vinieron á traer la palabra de Dios á las orillas del Nilo, trece han muerto de la fiebre, dos de disentería, otros dos han tenido que huir con una salud destruida para siempre, y en cambio de tantos sacrificios, no se ha verificado una conversion que merezca mencionarse. Sin embargo, los misioneros reconocen en los habitantes del Bani cierto grado de elevacion moral, de inteligencia y de valor; pero

las necesidades de la vida material, la ausencia de toda autoridad protectora y la inseguridad del trabajo que necesariamente engendra la pereza, constituyen obstáculos casi insuperables. Los niños indígenas van con gusto á escuchar la palabra de los sacerdotes; con mas gusto aun miran las imágenes y los signos exteriores del culto; pero al cabo de poco tiempo, no sacando provecho alguno de su docilidad, se marchan para ir, dicen, á buscar con qué vivir. Lo cierto es que en el pais reina generalmente la escasez, no por culpa del suelo, que es naturalmente fértil, sino por la de los habitantes que apenas la cultivan, que devoran las mieses medio verdes y vi-



Los turcos de Mohamed preparando marfil.

ven despues de peces pescados en el rio ó de tortugas cogidas en el interior de las tierras.

Aquellos dignos sacerdotes nunca han tenido que quejarse de los indígenas, porque estos estaban muy bien predispuestos en favor de los europeos hasta el momento en que los traficantes del Nilo Blanco fueron á sembrar entre ellos con sus crueldades los gérmenes del odio y de la venganza. Desde entonces los misioneros fueron considerados como precursores de todas las abominaciones, y han visto que sus piadosos esfuerzos son completamente estériles. La ociosidad forzada á que se ven condenados ha diezrado mas que toda otra causa aquella poblacion, porque la ha llevado á cometer excesos que el ardor del clima hace esencialmente insalubres.

En Gondokoro recibí las primeras cartas de Inglaterra, en una de las cuales me anunciaba Sir Rodrigo Murchison que la Sociedad Real de Geografía me habia concedido su medalla (*Founder's Medal*) por haber descubierto en 1858 el Victoria N'yanza.

#### CONCLUSION.

El resto de mi viaje á Alejandría no dejó de presentar incidentes, y me ofreció cuadros dignos de la descripción que hubiera podido consagrarles en otras circunstancias; pero me parece que he puesto ya bastante á prueba la paciencia del lector y no quiero recargar mi narracion con lo que no se refiere directamente al gran problema cuya solucion buscaba. Termino pues este viaje, despues de veinte y ocho meses de trabajos con algunas esplicaciones que tienen por objeto comparar los diferentes brazos del Nilo con los rios que desaguan en él y fijar su valor respectivo.

El primero de aquellos rios es el Bahr-El-Ghazal, cuya vista nos estrañó singularmente, porque el gran lago señalado en nuestros mapas al extremo de un recodo formado por el Nilo, estaba reemplazado por una sencilla masa de agua que formaba una es-



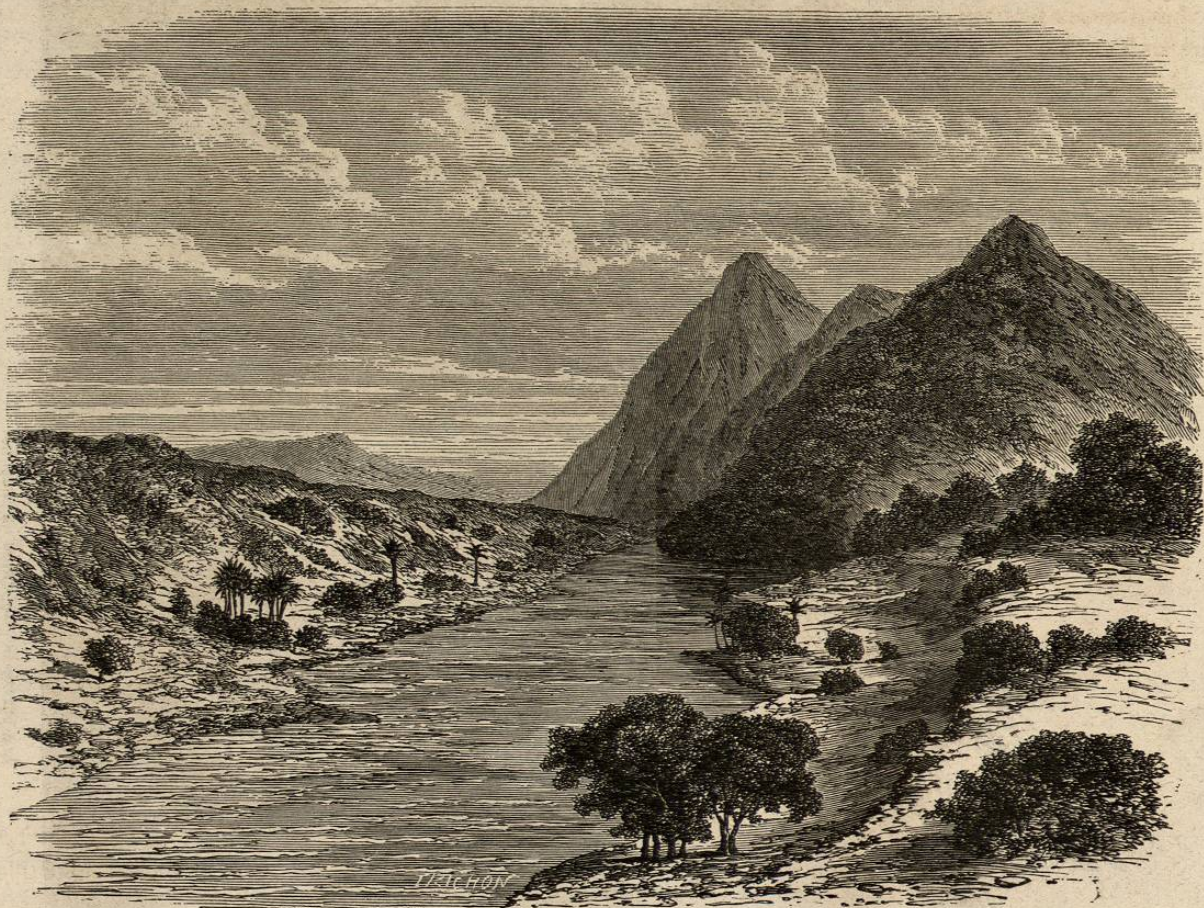
Los turcos de Mohamed en marcha.

pecie de estanque perdido, por decirlo así, en un océano de cañas. El viejo Nilo pasaba así como con desden delante de aquel insignificante anejo desde donde se llega en breve al brazo del río Sobat, que con el nombre de Gerafé forma el segundo tributario del gran río, en el cual cae formando una graciosa curva: su corriente es rápida y parece profunda, pero su corriente no es mayor de 50 pies.

Después viene el Sobat mismo (á los 29° de longi-

tud Este y 9° 20' 48" de latitud Norte), que es más ancho pero menos rápido que el Gerafé. Con aquella doble adición, el Nilo se aumenta considerablemente, pero no tiene el noble aspecto que tanto nos había sorprendido inmediatamente después de la estación de las lluvias durante nuestra navegación en las canoas del Uñoro.

El Sobat desagua en el Nilo por otro tercer brazo, por cuya embocadura he pasado por desgracia sin



El Nilo antes de la confluencia del Azua.

que me lo advirtiesen; pero es bastante conocida y esto me consuela en parte.

Conviene hablar ahora del famoso Nilo Azul, que aun comparado con el Gerafé, simple brazo del Sobat, no es más que un insignificante río. Al parecer es alimentado solamente por algunas cadenas de montañas y debe por consiguiente hallarse sujeta á grandes fluctuaciones periódicas. Pocas veces he sufrido una disension semejante á la que me causó la vista de aquella corriente tan célebre, y estoy persuadido de que si se separase de él el Nilo Blanco, el Bahr-El-Arneq se perdiera, absorbido por las arenas antes de llegar al Bajo Egipto.

Lo que he dicho del río Azul se aplica igualmente

al Albara, el último que he examinado; es también un torrente de montañas que se desborda en la estación de las lluvias, y que después veían casi completamente los ardores del sol.

Por lo demás, he visto bastante para convencerme de que el río Blanco que sale del N'yanza por las cataratas de Ripon es el verdadero Nilo, padre de los ríos, porque es extraordinariamente mayor que todos los que se reúnen á él, y esto sucede en la estación seca, que es la mejor época para apreciar la importancia permanente y la fuerza relativa de aquellos ríos.

En cuanto al pequeño Luta Nzigé, estoy conforme con la hipótesis del doctor Murie, á quien encontré

en Gondokoro. La manera con que adelantamos la venida del Nilo entre las cataratas de Karuma y Gondokoro, le hacía presumir que el Luta es un gran depósito del Nilo; que este depósito se había llenado poco á poco durante nuestra permanencia en el Madi, y que el gran río, hallándose á punto de desbordarse en que salimos de aquel país, marchaba en toda su plenitud hácia el Norte al mismo tiempo que nosotros. Esta teoría, que también es aplicable á los decrecimientos parciales del Nilo, explica así mismo la extraordinaria lentitud con que llegan al Egipto sus desbordamientos.

A respecto de los «fieles,» á quienes llevé tan lejos de su país, y cuyos servicios ya no necesitaba, no me separé de ellos sin asegurarles la vuelta á su patria, no me separé de ellos sin asegurarles la vuelta

á su patria con un aumento de salario igual á un año de servicios, y además una heredad de «hombres libres» y un dote equivalente á 10 duros para cuando quisieran tomar mujer.

Después de mi vuelta á Inglaterra he sabido que habían llegado todos con Bombay sin novedad á Zanzibar, donde el coronel Playfair, nombrado cónsul recientemente, les manifestó cordial interés. Sé también que desean venirse conmigo otra vez, si realizando mis más ambiciosos sueños, llego un día á atravesar el Africa de Oriente á Occidente por la zona más fértil (1).

(1) El capitán Speke no podrá realizar sus sueños pues desgraciadamente habiéndosele disparado la escopeta de caza ha encontrado la muerte cuando al parecer menos peligro corría su existencia.